

sus títulos razones que le dispensasen de la cruz y de la violencia? Al contrario, quiere padecer con todas las señales de su grandeza, con su cetro, su púrpura y su corona, como para enseñarnos que la penitencia es aun mas necesaria á los grandes que á los pueblos, porque tienen mas pecados que llorar, mas pasiones que vencer, mas escándalos que reparar, mas culpas que expiar; porque las mismas señales de su grandeza no son mas que principios é instrumentos de sus trabajos, y el privilegio de su estado no es para que gocen de mas placeres, sino para que tengan mas que sacrificar que el comun de los fieles.

¿Qué mas? ¿la flaqueza de la salud y debilidad del temperamento? Pero el cuerpo de Jesucristo, formado por el Espíritu Santo y el mas sensible al dolor que jamás hubo en la tierra, es atormentado y hecho pedazos por nuestro remedio; además de esto, ¿qué debilidad de temperamento es esa que tiene tanta fortaleza para sufrir la fatiga de las pasiones y para correr por los caminos de la iniquidad, que solo es débil y le falta el valor cuando es preciso ir á Dios y dar un solo paso en los caminos de la justicia?

¿Qué mas? ¿la bondad de Dios, que no es un Señor tan cruel y que nos ama demasiado para pedirnos que nos hagamos infelices por agradarle? ¿pero acaso nos ama mas de lo que amaba á su Hijo unigénito, y en quien solo somos nosotros dignos de su amor? Y con todo eso, ¿qué cáliz le mandó beber! ¿por qué tribulaciones le hizo pasar! Si el justo es tratado con tanto rigor, ¿reservará acaso toda su compasion para el delincuente?

¿Qué mas, finalmente? ¿los rigores y las dificultades de la penitencia? Pero, católicos, comparemos la violencia que nos impone la religion con los trabajos de Jesucristo, y ved si hay proporcion en este paralelo. ¡Ah! nuestras

violencias consisten mas en privarnos de algunos placeres que en sufrir algun trabajo, en arrancar algunas superfluidades que en imponernos privaciones dolorosas; en no conceder á los sentidos todo lo que piden que en mortificarlos; y aun estas leves privaciones ¿por cuántos caminos se suavizan? Con la grandeza que nos rodea, la abundancia que nos sigue, la elevacion que nos lisonjea, la magnificencia que nos ensalza, y con todas las comodidades con que nacimos, ¿qué es lo que padecemos, católicos? Si no padecemos, ¿qué derecho podemos alegar á las promesas, que solo están hechas á los que padecen? Segundo testimonio que Jesucristo en la cruz da á la verdad de su doctrina, confirmándola con sus abatimientos y trabajos.

En tercer lugar, da en la cruz testimonio á la verdad de sus milagros renovándolos. No tanto confirma hoy su poder y da testimonio á la verdad de todos sus milagros abriendo los sepulcros, rompiendo los peñascos, oscureciendo el sol y cubriendo toda la tierra de tinieblas, como convirtiendo á un malhechor que espira á su lado, mudando el corazon del mismo Centurion que preside á su suplicio, y obligándole á confesar públicamente su divinidad, moviendo á los que miraban su muerte y obligándolos á volverse hiriendo sus pechos y derramando lágrimas de compuncion y penitencia: *Et revertebantur percutientes pectora sua.*<sup>1</sup> Este es el mayor milagro de la muerte de Jesucristo, la conversion de los grandes pecadores; y notad en la calidad de los pecadores que convierte desde la cruz, la grandeza de su poder en su flaqueza.

El primero es un malhechor que está espirando, el que hasta entonces habia vivido sin Dios en este mundo, que

<sup>1</sup> Luc. 23. v. 48.

no habia llevado mas disposiciones para morir que los horrores de la mas perversa vida. No obstante, este gran pecador, en aquel instante último en que casi siempre es desesperada la conversion, en el que las señales que se dan de arrepentimiento mas son por el castigo que se teme que por los delitos que se detestan; en que está el pecador asustado, pero casi nunca mudado su corazón; en aquel último instante en que Dios, despreciado hasta entonces, desprecia tambien y se retira; en que está llena la medida, en que ordinariamente se niega la gracia del arrepentimiento; en aquel último instante en que el pecador está ya juzgado y en el que el susto de su muerte es por lo comun el justo castigo de la impenitencia y desorden de toda su vida; en aquel último instante este feliz pecador halla la gracia y la salud, y luego que llega á él la sangre de Jesucristo que corre desde la cruz, purifica en un instante todas las manchas de su vida; reconoce la gloria y la divinidad de su Salvador, aunque le ve cargado de oprobios; despues de una vida llena de pecados, recibe al tiempo de morir, de la boca del mismo Jesucristo, la seguridad del perdon, y el último momento en que espira es el preciso de su eterna salud.

Este, católicos, es el gran milagro de la muerte de Jesucristo, la conversion de un pecador que está para espirar. Con todo eso, no hay pecador que no espere este mismo prodigio en su última hora. Locura parece el esperar que se vuelva á eclipsar el sol, á abrirse los sepulcros, resucitar los muertos, rasgarse el velo del templo, y el que todos los milagros que entonces sucedieron se renueven ahora; ¿pues qué locura no será el esperar el milagro de la conversion de un pecador que agoniza, milagro mayor que todos los que sucedieron en el Calvario? Era preciso que este grande sacrificio, anunciado en todos los siglos y tan ne-

cesario al género humano, fuese señalado con circunstancias únicas é inauditas hasta entonces; que en él todo fuese singular, que todo con su novedad diese testimonio á la gloria y divinidad del Hijo del hombre. Pero Jesucristo muerto una vez no vuelve á morir mas, dice el apóstol; ya no se abren los peñascos, no resucitan mas los muertos, la tierra no se cubre de tinieblas, el velo del templo no se rompe, ni los pecadores que agonizan se convierten. Las conversiones en la hora de la muerte solo tienen en su favor este ejemplar y este prodigio.

El segundo pecador cuya conversion obra Jesucristo en la cruz, es un pecador incrédulo, un centurion gentil que hasta entonces habia mirado á Jesucristo con desprecio y habia tenido su doctrina por impostura. Con todo eso, la incredulidad, que cierra el corazón á todas las gracias, que hace inútiles todos los socorros de la religion y muda en veneno aun los mismos remedios, la incredulidad es hoy el triunfo de Jesucristo cuando muere. Este centurion, movido de las maravillas de su muerte, llega al conocimiento de la verdad, no pidiendo milagros como algunos de los circunstantes, sino considerando en Jesucristo su poder en sus oprobios, su agrado para con sus enemigos, su paciencia y majestad en los tormentos, su amor á los hombres, la inocencia de sus costumbres y la santidad y divinidad de sus máximas. Este es el gran milagro que le mueve; conoce que si fuera impostor no se hubiera valido de un medio tan penoso y violento para engañar á los hombres, sino que hubiera lisonjeado sus pasiones ó su soberbia; que les hubiera propuesto como otros filósofos, una doctrina agradable á los sentidos ó halagueña para el entendimiento y para la curiosidad; pero que por medio de la cruz nadie sino el Hijo de Dios podia formarse discípulos, ganar á

los hombres no prometiéndoles mas que persecuciones y trabajos, prohibiéndoles todos los deleites y no prometiéndoles acá en la tierra mas recompensa de su amor á su doctrina, que las lágrimas, la cruz y las violencias, y que solamente el dueño de los corazones podia intentar el ganar á todos los hombres con una ley severa y de abatimiento, que á todos los habia de poner en arma y venir á establecer un nuevo culto por los caminos mas propios para trastornarle y extinguirle: *Vere Filius Dei erat iste.*<sup>1</sup>

Finalmente, el tercer género de pecadores que convierte Jesucristo desde la cruz, es una multitud de circunstantes á quienes solo la curiosidad habia llevado al Calvario; libres de las pasiones que animaban á los escribas y fariseos, no oponian á la gracia mas obstáculo que una culpable indiferencia en orden á su salvacion, casi siempre mas difícil de vencer que las mas delincuentes pasiones; movidos del espectáculo de los trabajos del Salvador y de las abundantes gracias que corren con su sangre, sienten mudarse repentinamente su corazon y que se rompe con un santo dolor: *Et revertebantur percutientes pectora sua.*<sup>2</sup>

No sé si me atreva á decir, católicos, que en las circunstancias de estos tres géneros de pecadores se halla la imagen de los que hoy asisten al templo á oír la historia y ver el espectáculo de los trabajos del Salvador. Unos son pecadores escandalosos y cargados de culpas como los dos facinerosos que ponen en la cruz al lado de Jesucristo, que solo vienen hoy al Calvario y á este santo espectáculo renovado en nuestros templos como á un suplicio; que miran

1 Luc. 23. v. 48.

2 Matth. 27. v. 54.

estos santos dias, estos dias felices que consagra la Iglesia á los misterios dolorosos de Jesucristo, y en los que se suspende la libertad de los públicos placeres, como un yugo odioso que les impone una religion vana; que murmuran y cuentan todos los instantes como si ellos mismos estuvieran sobre la cruz; otros son pecadores incrédulos y que como el centurion solo asisten á este espectáculo de la religion por cumplir con las obligaciones de su empleo y el bien parecer de su estado, por no faltar á lo que el mismo mundo les pide; pero interiormente miran la cruz como una locura, y acaso insultan á los trabajos de Jesucristo y á la piedad y luto público de los fieles. Finalmente, otros son pecadores mundanos y ociosos, á quienes solamente la curiosidad trae á oír la relacion de la muerte del Salvador; que no vienen ni con fe, ni con compuncion, ni con deseo de mas santa vida; que siguen la multitud y solo vienen al Calvario movidos de la curiosidad, porque corre hácia allá el tropel y porque el mismo mundo los lleva consigo.

Renovad, pues, hoy en ellos, ¡oh Salvador mio! los milagros del Calvario; el instante en que espirais es el instante de las gracias y de las misericordias. De vuestro costado abierto salen arroyos de bendiciones capaces de purificar las almas mas manchadas y rebeldes; todo les es favorable á los pecadores á los piés de vuestra cruz, vuestras manos estendidas para recibirlos, vuestro corazon abierto y dispuesto á perdonarlos; la sed extrema que teneis de su salvacion y el fuerte clamor que en su favor enviáis hácia el trono de vuestro Padre; hoy, Dios mio, es el dia de vuestras misericordias; enviad desde lo alto de ese sagrado leño algunas poderosas miradas sobre los pecadores que están presentes, y consagrad la memoria de este gran dia con algunas de aquellas prodigiosas conversiones que dan á conocer la vir-

tud de vuestra sangre y la perpetuidad de vuestro sacrificio. Tercer testimonio que Jesucristo en la cruz da á la verdad de sus milagros renovándolos.

En cuarto lugar, da testimonio á la verdad de su inocencia y santidad rogando por sus enemigos; en efecto, católicos, la señal menos equívoca de santidad es el amar á aquellos que nos ultrajan, rogar por la salud de aquellos que quieren perdernos, y llenar de beneficios á los que nos cargan de maldiciones y oprobios. Este es, pues, el gran testimonio que hoy da Jesucristo á su inocencia; muere por los que le crucifican, muere pidiendo á su Padre que perdone á sus enemigos. No desprecia su furor y sus ultrajes, porque esto hubiera sido padecer como filósofo; no les echa en cara sus beneficios y su ingratitud, porque esto hubiera sido padecer como un hombre flaco; no les amenaza con su poder, porque esto hubiera sido padecer como un hombre vano; no se consuela con la esperanza de su castigo, porque esto hubiera sido padecer como un hombre resentido y agraviado; ni aun se queja del exceso de su barbaridad, porque esto hubiera sido padecer como un hombre vulgar; ruega por ellos, solo piensa en su salud, y parece que en este último instante se olvida de sus mas fieles discípulos, sin pedir para ellos á su Padre cosa alguna, pensando solo en sus enemigos, sin rogar ni hablar sino en favor de éstos; solamente pide á su Padre gracias para ellos: esto sí que es padecer como hombre-Dios; ellos le maldicen y él los bendice; ellos piden su muerte y él pide su perdon; ellos quieren que caiga sobre sí y sobre sus hijos el delito de su sangre derramada, y él no quiere que se les impute.

Padre, perdonadlos, dice, porque no saben lo que ha-

cen.<sup>1</sup> Acordaos, Padre mio, que la sangre de esta nueva alianza que hoy derraman, los pone en el número de vuestros hijos; que con el precio del sacrificio que yo os ofrezco, mis verdugos se hacen mis corderos y hermanos; que ya no sois un Juez armado para castigarlos, sino un Padre dispuesto siempre á perdonarlos, y que poniéndome ellos en la cruz, se han levantado un asilo que debe defenderlos de vuestros rayos y de vuestras venganzas: *Pater dimitte illis*: no mireis á las manos que me han herido, sino mirad la sangre que corre de mis llagas para aplacar vuestra justicia y borrar el delito de los que me sacrifican: *Pater dimitte illis*: ellos ignoran todavía que vos me enviasteis; perdonad á unos ciegos que creen glorificar vuestro nombre entregándome á la muerte; no saben que esta sangre que derraman ha de santificar todo el universo, que está víctima que sacrifican es el precio de la salud de todos los hombres, que esta cruz en que me han clavado ha de ser la vida y la resurreccion de los que duermen en las sombras de la muerte y el remedio de los males del género humano; que ella va á esparcir por toda la tierra el conocimiento de vuestro nombre, y á formaros en todos los pueblos adoradores en espíritu y verdad. ¡Padre santo! vos que conoceis las grandes utilidades que ha de sacar el mundo de mi cruz, no les imputeis un delito tan feliz, y perdonadles la culpa de mi muerte, por los inestimables beneficios que de ella han de resultar á la tierra: *Non enim sciunt quid faciunt*. No saben que quitándome la vida me van á dar á mí mismo la gloria de la inmortalidad, que borrando mi nombre en la tierra de los vivientes, van á elevarle sobre

<sup>1</sup> Luc. 23. v. 14.